

Micol Carena sale del instituto con la mirada fija en la espalda de Lucas Bayo y trata de no perderlo de vista entre la riada de alumnos que abandonan el edificio; el sol de las tres menos diez cae en vertical y Lucas se ilumina ante ella como si una luz le insuflase vida sobre un escenario a oscuras. Micol siente un vacío en la boca del estómago, ¿qué tipo de foco utilizaría para mostrar el modo en que Lucas aparece cada mañana en clase?, ¿con qué música destacaría sus ojos del color del acero brillante?, ¿y cómo enfatizaría ese aire de recién llegado que aflora de él cuando trepa a las gradas de la cancha de baloncesto y se parapeta tras los auriculares del iPod como si no hubiese nada en el mundo que mereciese la pena? Lucas se abre paso entre los coches estacionados y monta en el Renault Mégane metalizado de cada tarde. Micol se detiene a unos veinte metros de distancia y observa cómo Lucas, tras abrocharse el cinturón, se queda con la vista clavada en el parabrisas como si tampoco la mujer que está al volante, Micol supone que su madre, mereciese la pena; el Mégane se incorpora al tráfico de la carretera 1413-b y desaparece en dirección a la autovía C-17. Todo exactamente igual que en los nueve días que llevan de curso. A Lucas le han colgado ya el sambenito de *el Nuevo* y Niélé

se refiere a él como *el Afligido de la Vida*, como si eso bastara para describirlo o para hacerse una idea de su carácter, pero Micol conoce el modo en que las apariencias ocultan la esencia de las cosas, y sabe que el hermetismo de Lucas tiene que deberse a sentimientos complejos; nadie cambia de instituto en segundo de bachillerato sin una buena razón.

–Si sigues mirándolo así, lo vas a gastar.

Micol reconoce a su lado la voz grave de Niélé y sonrío:

–Mataría por saber lo que le ha pasado.

–*Nanjye*. –Abre un paquete de chicles de fresa y se lleva uno a la boca–. Bastaría con preguntárselo.

Niéle Cyangugu nació en Granollers hace diecisiete años y se define a sí misma como *catafricana*, porque sus padres son tutsis naturales de Ruanda que llegaron a Cataluña a principios de mil novecientos noventa y tres, seis meses antes de que ella naciera. A Micol le divierten esas expresiones en kinyarwanda que Niélé suelta de vez en cuando, ¡suenan tan exóticas! *Nanjye*, por ejemplo, significa ‘yo también’. Y también se ha acostumbrado a *sawa*, que significa ‘de acuerdo’; y a que, a veces, en lugar de responder *sí*, Niélé responda *yego*, y que para decir *no*, diga *oya*. Sus padres, sus dos hermanas pequeñas y ella vivieron trece años apiñados en un bloque de pisos estrecho y bullicioso de Granollers hasta que su padre consiguió trabajo en la empresa Backer-Facsa y se mudaron a Aiguafreda. Niélé se matriculó en el IES Pere Barnils de Centelles para cursar segundo de ESO y el primer día de clase la

sentaron junto a Micol, quien al verla se quedó impresionada. Niélé era varios centímetros más alta que ella, vestía con una infinita gama de colores, llevaba el pelo recogido en finas y largas trenzas y su piel negra brillaba con una calidez que los fluorescentes del techo no lograban enfriar; al sentarse y colocar los libros sobre la mesa, sus brazaletes de madera y cuero le repicaron en los brazos. «Hola», saludó. A la hora del recreo, Niélé se le acercó y hablaron como si se conociesen de toda la vida. Completaron juntas la ESO y en estos cuatros años, mientras otras amigas han ido y venido de un grupo a otro según sus conveniencias, Niélé y ella han permanecido unidas. Para Micol, Niélé es a veces demasiado ruidosa y le pierde su voluntad de protagonismo, ¡una Leo convencida, vaya!, pero es una amiga fiel y sincera con quien se puede hablar de cualquier cosa.

—¿Y la Malcoraje? —pregunta Micol.

—Está en conserjería hablando con su padre. No creo que tarde.

Observan las puertas del instituto, por las que únicamente salen ya algunos alumnos rezagados, y esperan a que aparezca; les ha tocado hacer el trabajo de historia con ella y han decidido quedar esta misma tarde. Micol y Niélé asumen que la responsabilidad del trabajo recaerá sobre ellas. La Malcoraje no ha sido nunca una alumna ejemplar, su comportamiento arisco le ha ocasionado siempre conflictos con profesores y compañeros, y en tercero de ESO, después de que arrojara una silla contra el profesor de matemáticas,

alguien convirtió su nombre real, Mar Coraje, en el apodo que la acompaña desde entonces; todos creyeron que el apodo la avergonzaría, pero solo lograron alimentar su orgullo y fortalecerla. A finales de agosto, hace apenas quince días, su madre murió de cáncer de páncreas y ella ha comenzado el curso como una sombra, tan consumida que cabría por debajo de las puertas, y aunque todos le ofrecen palabras de ánimo, incluso quienes antes la ignoraban, ella no parece interesada en escuchar a nadie. Vive con su padre, Damián Coraje, uno de los conserjes del instituto, en Sant Martí de Centelles, en el tercer piso de un viejo edificio junto a la vía del tren, un lugar triste, húmedo en invierno y asfixiante en verano, que es zarandeado por el paso de los trenes de cercanías de la Renfe. Micol conoce bien la zona porque Sant Martí de Centelles y Aiguafreda solo están separados por el paso elevado de la C-17 y en apenas unos minutos se puede ir andando de un pueblo a otro. Mientras esperan en la acera, Micol y Niélé se dedican una mirada de complicidad.

—Será mejor que no le hablemos de su madre —comenta Niélé.

—No creo que pase nada por preguntar.

De pronto Micol se echa hacia atrás, una mujer pasa casi rozándola y se dirige con prisa a la entrada del instituto. Micol la sigue con la mirada y observa cómo se detiene a cinco metros de las puertas; parece impaciente, ya no sale ningún alumno. Micol acusa el golpe de energía.

–La madre de la Malcoraje está aquí –dice sin apartar los ojos de ella.

Los ojos de Niélé se abren como platos.

–No fastidies.

–Junto a la columna –asiente.

–¿Y qué hace? –mira donde señala Micol.

–Esperar –responde; la mujer va vestida con la blusa y los pantalones negros que Micol recuerda del tanatorio, aunque ahora se han diluido en el gris oscuro propio de los espectros, una figura difusa pero todavía con la suficiente corporeidad porque solo lleva dos semanas muerta y su energía aún conserva la forma que tuvo en vida–. Supongo que ha venido a buscar a su hija.

En ese momento se abren las puertas del edificio y sale la Malcoraje; al verlas, las saluda con la mano, sin énfasis, vencida por el peso de la mochila en la espalda y el engorro de tener que compartir la tarde con ellas. Su madre, cuando la ve venir, alza los brazos con la intención de abrazarla, pero la Malcoraje pasa a través de ella y llega junto a Micol y Niélé sin sospechar lo cerca que ha estado de su madre. De reojo, Micol capta cómo la mujer se vuelve en busca de su hija, con el abrazo roto en las manos.

–¿A qué hora quedamos? –pregunta la Malcoraje.

–¿Qué tal a las cinco en mi casa? –propone Micol.

–Por mí, perfecto.

Se despide y se dirige de nuevo hacia el interior del instituto. Suele regresar a casa con su padre cuando él termina su turno a la hora de comer; algunas veces,

sobre todo durante la ESO, venía a buscarla su madre si su horario de trabajo en el Mercadona de La Garriga se lo permitía. Micol aún recuerda su Twingo amarillo. Y ahora la mujer ha vuelto, incapaz de marcharse de este mundo, y cuando su hija desaparece dentro del edificio, se queda con la vista fija en las puertas que se la han arrebatado.

Suena un bocinazo y Micol ve a su madre estacionando el Citroën Picasso detrás de la parada del autobús, la saluda con la mano y le entrega la mochila a Niélé:

–Ahora vengo. Dile a mi madre que la madre de la Malcoraje está aquí.

–*Sawa!*

Niélé se aleja hacia el coche y ella camina hacia la madre de la Malcoraje, que sigue absorta junto a la columna; cuando Micol tiene su espalda al alcance de la mano, la mujer se vuelve de pronto y hunde sus ojos en los suyos,

(he venido a buscar a mi niña) tiembla ligeramente,
(soy Eva Castells)

y Micol le envía el pensamiento,

(ya lo sé)

todos buscan algo, no entienden que los objetos que han tocado, los lugares en que han vivido y las personas que han amado se les escapan de repente de la punta de los dedos. Alexa le ha enseñado desde niña a dirigirse a ellos con respeto, «sé amable con ellos, la mayoría solo tienen miedo, pero no permitas que se queden; si se quedan, nos absorben la energía a los vivos». Micol no lo olvida nunca. «Cuando veas a uno,

avisa a los guías», le aconseja todavía Alexa, «y ellos se lo llevarán hacia la luz». Micol anhela poder hacerlo ella sola, sin ayuda de nadie, pero Alexa se muestra inflexible: «De momento quítatelo de la cabeza, ya hablaremos cuando cumplas los dieciocho»,

(tienes que seguir tu camino, Eva)

la mano de Eva se apoya en su brazo,

(mi niña no me ha hecho ni caso)

echa un vistazo temeroso a las puertas del instituto,

(has muerto, Eva, tienes que seguir tu camino)

Micol cierra los ojos y alza ligeramente la cabeza hacia el cielo para avisar a los guías, pero entonces la voz de Eva vuelve a retumbar dentro de su cabeza, ahora un lamento,

(¡me marché sin despedirme de ella!) como si acabase de tomar conciencia de que su existencia terrenal terminó hace días.

Micol quiere ignorarla y proseguir, no debe perder tiempo, pero el viejo e irrefrenable impulso de intervenir la empuja de nuevo hacia delante,

(si quieres, puedo decírselo a Mar) se ofrece, y la energía de Eva se vuelca sobre ella,

(dile que la quiero mucho y que sigo a su lado, que siento no haber tenido el valor de decirle que me moría..., dile que no quería hacerle daño)

(se lo diré)

(dile que sigo a su lado)

(podrás ayudarla siempre que quieras, Eva, pero no desde aquí, desde aquí solo conseguirás hacerle daño, debes seguir tu camino y entonces sabrás cómo ayudarla)

Micol pide a los guías que acudan. Aparecen dos espíritus que envuelven a Eva con vertiginosos hilos de luz, hebras blancas que la arropan y la elevan cielo arriba, donde los tres se volatilizan con un fuerte resplandor. Este momento siempre fascina a Micol. ¡Si pudiese hacerlo ella sola!

Sentada frente al ordenador de Micol, Niélé da los últimos retoques al trabajo; elige la tipografía Verdana para el texto y la Cooper Black para los títulos, y repasa las sangrías, las blancas y los saltos de página. Son las siete y diez de la tarde. Efectivamente, el peso del trabajo lo han llevado Micol y Niélé; la Malcoraje se ha limitado a aportar algo de vez en cuando y a deslizar la mirada por los carteles y fotografías de las paredes. Micol había decidido no contarle lo del espíritu de su madre hasta que terminasen el trabajo, y ahora que ha llegado el momento se pregunta si no será más prudente callárselo; la gente suele reaccionar con escepticismo o burla, y ella tolera mal que la acusen de fantasiosa o embustera. Pero, finalmente, confía en la actitud aguerrida de la Malcoraje, en su necesidad urgente de levantar el ánimo: ¿Por qué va a negarse la posibilidad de saber que su madre sigue velando por ella? ¡No será tan estúpida!

Niéle anuncia que el trabajo está listo y pide a Micol que lo imprima; se sienten orgullosas del resultado final, incluso la Malcoraje musita un débil «está muy bien». Micol imprime tres copias y las grapa. La Malcoraje se guarda la suya en la carpeta y se pone en pie para marcharse.

—Espera un momento, Mar —la retiene Micol—. Tengo que contarte una cosa.

La Malcoraje la mira con desconfianza, ya tiene la mochila colgada en el hombro.

—Hoy he visto el espíritu de tu madre en el instituto.

Los ojos de la Malcoraje se oscurecen.

—¿Qué?

—A veces sucede —se prepara para la andanada de reproches—. El espíritu no sabe que ha muerto y se queda junto a las personas con quienes ha compartido su existencia terrenal.

—Ya sé de qué va —replica—. No soy idiota.

—Tienes que creerla —interviene Niélé—. Micol es vidente desde niña.

La Malcoraje mira a Niélé un segundo, dos, tres..., y clava otra vez los ojos en Micol.

—¿Me estás diciendo que has visto el fantasma de mi madre?

—Sí.

La Malcoraje se inclina unos centímetros y Micol se mantiene erguida, jamás ha tenido tan cerca los ojos de la Malcoraje, su pesado perfume, y no está acostumbrada a verla sin maquillaje; desde la muerte de su madre se ha descuidado un poco.

—¿Y qué te ha dicho, si puede saberse?

—Quería pedirte perdón por no haberse atrevido a decirte que se estaba muriendo. —Aún no sabe si la Malcoraje la toma en serio—. Y decirte que te quiere y que sigue a tu lado.

Los labios de la Malcoraje sonrían como los de un maniquí.

—Que me quiere, ¿eh? —Se le ha extraviado la mirada—. ¡Pues yo la odio! —explota de repente—. ¡La odio tanto que a veces me alegro de que esté muerta! ¡No tenía ningún derecho a morirse! —Se aparta unos pasos, se planta frente a la ventana y mira al exterior.

Micol y Niélé intercambian una mirada. La Malcoraje se vuelve hacia ellas.

—Si tanto me quería, ¿por qué me ha dejado sola, eh? ¿No te lo ha dicho eso?

—No —responde Micol suavemente.

—¡Solo tengo diecisiete años, tía! —Se aparta las lágrimas con el dorso de la mano—. ¡Diecisiete! ¡Y ya no la veré nunca más!

Micol se le acerca unos pasos.

—Yo puedo ayudarte, Mar.

—¡Me llamo Malcoraje, hostia! —salta—. ¡Dejad de llamarme Mar!

Se abre paso entre el silencio súbito y atraviesa la habitación en dirección a la puerta, agarra el pomo con rabia y, cuando está a punto de tirar de él, lo suelta y vuelve sobre sus pasos.

—¿Sabes qué, tía? —se encara a Micol—. Gracias por la información, pero tú y mi madre os la podéis meter por el culo.

—Cabreándote no vas a solucionar nada —Micol no está dispuesta a que la insulte en su propio dormitorio y se vaya como si tal cosa.

—Tú no me has visto cabreada, tía —remacha; su mirada zumba como un nido de avispas—. Si me cabreo, te pongo la puñetera habitación del revés, ¿lo entiendes?

Mira, no necesito que estéis todos dándome la vara con el rollo de que tengo que superar lo de mi madre y todo eso. Puede que no me dé la gana superarlo, ¿vale? ¡O sea, que dejadme en paz!

Da media vuelta y, debilitada, enredada en su dolor, se dirige de nuevo hacia la puerta. Micol no permitirá que se marche en estas condiciones.

—¿Quieres hablar con tu madre o no? —lanza a su espalda.

La Malcoraje se detiene, se gira lentamente y la observa como si quisiera atravesarla. Micol se mantiene firme, ha cruzado una línea que no había cruzado nunca y ya no hay marcha atrás; ni siquiera le ha dado tiempo a pensar qué opinará Alexa de su decisión de invocar a Eva Castells.

—Más te vale que lo digas en serio —la amenaza la Malcoraje.

—Siéntate —le acerca la silla del ordenador.

La Malcoraje duda, sus ojos van de Micol a Niélé. Tras la puerta se oye el timbre del teléfono y en seguida, desde su estudio en el desván, la voz de la madre de Micol respondiendo a la llamada. Finalmente, la Malcoraje acepta la silla, deja la mochila en el suelo y se sienta.

Micol cruza una mirada con Niélé, se acerca a la mesilla de noche y bebe un trago de agua de la botella que tiene siempre junto al despertador. Se sienta a los pies de la cama, al lado de Niélé y frente a la Malcoraje, y cierra los ojos; se conecta con el infinito, llama a Eva y siente el golpe de energía en la boca del estómago. Abre los ojos. Eva Castells se halla junto a la ventana, irradia

una luz distinta a la de esta mañana, más distendida, y observa a su hija con una expresión de lucidez que indica que se ha liberado del plano físico.

–Ya está aquí –indica Micol a la Malcoraje.

–¿Dónde? –se revuelve con un gesto de temor.

–Junto a la ventana.

Niélé y la Malcoraje miran hacia allí.

–Yo no veo nada –dice la Malcoraje.

–No puedes verla. ¿Quieres decirle algo?

–Sí –rotunda, como si su madre estuviese viva y acabasen de dejar una discusión a medias–. Pregúntale por qué hostia tuvo que morir.

Micol mira a Eva, que abre la boca,

(no soportaba la vida junto a mi marido, pero me faltó valor para divorciarme).

–Tu madre me dice que no soportaba vivir con tu padre –empieza Micol–, pero que no se atrevió a dejarlo. –La Malcoraje frunce el ceño y Micol va repitiendo las palabras que le llegan de Eva–. Me dice que le daba miedo separarse y que después ningún hombre se enamorase de ella. –La Malcoraje echa una ojeada a la ventana, su mirada se va endiablando–. Con cuarenta y seis años se veía vieja y se sentía muy sola. No se veía capaz de seguir viviendo.

La Malcoraje cierra los ojos, baja la cabeza y la mueve de un lado a otro. Micol percibe cómo se fulmina a sí misma desde las profundidades, cómo la ahogan el resentimiento y la pena.

–¿Quién coño te crees que eres para decir todo eso de mi madre? –le escupe levantándose de la silla; su